

Argentina en la encrucijada

RESUMEN: La Argentina actual se encuentra ante una encrucijada de difícil pronóstico. En este editorial al tiempo que se reflexiona sobre los antecedentes de esta crisis, se plantean cuestiones de no fácil respuesta. Estas cuestiones giran en torno al peronismo, la corrupción, la cultura del *afano*, la inseguridad ciudadana, la reforma de la justicia, la creación de un *cordón sanitario* contra las fuerzas y los partidos de la oposición. ¿Será capaz la República Argentina de salir del populismo y de la exaltación nacionalista que tanto daño le hacen? El tiempo lo dirá

PALABRAS CLAVE: Argentina, inflación, peronismo, corrupción, crisis.

«El peronismo es algo inverosímil» (Jorge Luis Borges).

Una vez más las noticias económicas y políticas procedentes de Argentina desconciertan a ciudadanos y mercados. El origen se sitúa en medidas del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, con su secuela de consecuencias internacionales en este mundo globalizado y para la población argentina. Lo más reciente es la «corrección» de otra disposición anterior impuesta por el mismo gobierno: en 2011 prohibió la compra de dólares, el *cepocambiarío*, lo que dio lugar a la sobrevaloración del dólar paralelo. Desde enero se vuelve a abrir la posibilidad de adquirir dólares —aunque con restricciones— con la consiguiente devaluación del peso. El dólar oficial, que se vendía a 4,24 pesos y en el mercado paralelo a 4,49 pesos, un día antes de que se anunciara la marcha atrás en la política cambiaria se elevó a 8,40 pesos (el oficial) ya 13,10 el *blue* o negro. El Banco Central puso en circulación para pagar deudas 100 millones de dólares de sus reservas —los 47.821 millones de dólares de 2011 descendieron a 29.263 millones—; pero otra parte tuvo que ser colocada en el mercado para que no se disparase aún más la cotización. Las consecuencias ya se han empezado a sentir en el poder adquisitivo de los argentinos, aunque el flamante ministro de Economía Axel Kicillof

editorial

y Jorge Capitanich, jefe de ministros de la presidencia, insistan en que no se trata de devaluación, y en su estrategia de atribuir siempre los desastres ocasionados por su política a otros agentes, culpan de la escalada inflacionaria a «la avaricia y especulación de los empresarios». Esta vez, según el ministro, la culpa fue de Schell por comprar 3,5 millones de dólares «con sobreprecio». Los analistas económicos valoran con diversas posturas qué futuro espera al país del *fin del mundo*, como diría el papa Francisco; pero el sentir general es que Argentina está ante una encrucijada de difícil pronóstico, que nos lleva a reflexionar en algunos antecedentes de la situación y a formularnos algunas preguntas de no fácil respuesta.

Las consecuencias de la devaluación y una larga historia de superinflaciones

En una sociedad acostumbrada a las crisis periódicas la medida adoptada en enero y la inflación subsiguiente del 23% —la más elevada en el continente tras la de Venezuela— supone un empobrecimiento de la población de consecuencias imprevisibles que ya están incidiendo muy negativamente en el encarecimiento de los precios, en especial de los alimentos. Por ejemplo, un modesto yogur que en navidades costaba 1,99 pesos (13 céntimos de euro), solo puede conseguirse ahora por 7,5 pesos (275% más caro); para comprar un kilo de carne que costaba 8 pesos se necesitan al menos 30 porque ha subido, según el corte, del 20 al 50%. Se calcula que, en lo que va de enero, los alimentos han sufrido una subida de más del 50%; aunque el gobierno se empeñe en evitar que suban los *precios cuidados* de los básicos. En el otrora *granero del mundo* escasea la harina porque el gobierno regula su exportación y la del trigo —casi diez millones de toneladas producidas— y prácticamente obliga al cultivo masivo de soja —con empobrecimiento del suelo— por su extraordinaria demanda internacional y el beneficio en impuestos, que se incrementan a cada paso con tasas y trabas que sitúan al campo en una situación inasumible. El conflicto entre el campo y el gobierno tiene una larga trayectoria, porque es tradición peronista identificar exclusivamente al agro con la oligarquía y los terratenientes, sin tomar en cuenta a los pequeños productores, que también sufren la realidad de la presión ejercida sobre los grandes. La industria ha sido

Reforzar la sociedad civil

víctima de un proteccionismo irracional que impide importar recambios y bienes necesarios para su normal funcionamiento. La caja de las clases pasivas ha sufrido un expolio gubernamental sistemático para pagar otras deudas; y los jubilados, uno de los grupos sociales más duramente afectados por la inflación, han visto mermar sus escasas prestaciones en una proporción que pone en peligro su subsistencia: la pensión mínima de 2.990 pesos (165 euros) resulta del todo insuficiente para quienes han trabajado toda la vida. Inverosímil es también la actual dependencia energética del país, que obliga a importar gas y petróleo, o que irrumpe en la vida de miles de ciudadanos con prolongados cortes de luz, paradójicamente después del descubrimiento de enormes yacimientos como el de Vaca Muerta. Porque «todo es susceptible de empeorar», según dicen los argentinos, la reciente propuesta de solución anunciada por el gobierno es intercambiar petróleo por alimentos con la Venezuela de Maduro; y si suben los combustibles, que tienen precios *pisados* por imposición de la Casa Rosada, todo empeorará aún más. Las imágenes de los asaltos a tiendas de electrodomésticos evocan situaciones vividas hace una década y las recientes de Venezuela, un país desestructurado con el que la actual presidenta guarda relaciones no esclarecidas, incluida la financiación de su campaña presidencial por el desaparecido Hugo Chávez, denunciada por el FBI, con trasiego aéreo de maletines con dinero incluido. Esta vinculación kichnerista no acaba aquí, porque Fernández ha integrado a Argentina en el eje Cuba-Venezuela-Bolivia-Nicaragua-Ecuador, a los que une una común hostilidad hacia el imperialismo estadounidense.

La espiral inflacionaria está presente desde antes de enero, y no es nueva para una sociedad que ha vivido las superinflaciones de 1976 (444,1%), 1982 (343,3%), 1983 (433,7%), 1984 (688%), 1985 (385,4%), 1989 (3079,5%), 1990 (20314%) y 2001, con su corralito, ordenado por Domingo Cavallo, Ministro de Economía del radical De la Rúa y antes con el peronista Menem, que dejó una contracción del -10,9 del PIB, empobrecimiento, inseguridad jurídica y económica sin parangón. La sociedad manifestó su descontento en los *cacerolazos* pero los efectos fueron mucho más graves de lo que difundieron los medios: muchos sufrieron consecuencias nefastas en sus personas al no poder contar con sus ahorros, supuestamente protegidos en los bancos.

editorial

Corrupción política y riesgo de conflictividad social

La presidenta, que tras una larga convalecencia apenas ha dado señales de actividad, deberá enfrentarse a una serie de demandas de sus antiguos apoyos, las fuerzas sindicales. La central obrera CGT y varios sindicatos ya reclaman un plus de emergencia de 3.000 pesos (200 euros) hasta marzo, cuando empezarán las negociaciones salariales colectivas; y los docentes bonaerenses ya advierten que no iniciarán las clases del próximo curso, tal como hicieron en el anterior. A estos problemas se añaden las imputaciones de su vicepresidente, Amado Boudou, con cincuenta causas judiciales por enriquecimiento ilícito, fraude o incumplimiento de los deberes del funcionario público, la mayoría cerradas con *carpetazo* y apartamiento de los jueces instructores. En la causa abierta ahora no faltan presuntos testaferros, tráfico de influencias y una imprenta en quiebra que terminó imprimiendo papel moneda del Estado gracias a Boudou cuando era Ministro de Economía. El fiscal solicita la comparecencia del titular de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP), Ricardo Echegaray, y de ocho personas más entre las que figura Nicolás Ciccone, fundador de la imprenta original, que fue estatizada y pasó por diversas manos y nombres, y de Alejandro Vandebroele, amigo y presunto testaferro de Boudou. Como siempre, Boudou responde culpando a la «persecución y linchamiento mediático», o a oscuras conjuras de los *vendepatrias*, neologismo de cuño peronista que conlleva la idea de identificación exclusiva de la patria con este partido.

La corrupción instalada en el poder político y en sus aledaños, con su impunidad, cobra terreno en otras capas sociales, que se sienten legitimadas para no pagar impuestos, para saltarse las normas en los más diversos aspectos. Hay quien habla de la instalación de una cultura del *afano*, en la que una amplia población marginal encuentra más atractivo robar que trabajar. La inseguridad se manifiesta en unos niveles crecientes e imparables de delincuencia que no tiene visos de mejorar y que se incrementa con el tráfico de drogas, por la incompetencia, la corrupción o la desafección policial. Las cifras reales de delitos se escamotean a la opinión pública desde las instancias oficiales; y los medios que denuncian la realidad se constituyen en «enemigos» para los políticos responsables de poner remedio a la situación. Incluso se ejerce esta presión desde el poder con *la Cámpora*, organización de la que forma parte fundamental Máximo Kirchner y que se autodefine como «herramienta de los pueblos para la transformación social» y órgano del

Reforzar la sociedad civil

peronismo revolucionario: penetra centros educativos, universitarios y de secundaria, con un agresivo proselitismo, expulsa a funcionarios de carrera para situar a los suyos en las empresas estatales, entre otras muchas acciones similares.

Es evidente desde hace décadas el progresivo desposeimiento de la clase media a la que se culpa de todos los males, tal como ha manifestado el actual ministro de economía por querer preservar sus ahorros frente a los vaivenes económicos en una moneda segura como el dólar. Junto al empobrecimiento de las clases sociales más bajas constituyen un peligroso «cóctel» de imprevisibles consecuencias. La renacionalización de Repsol, la persecución de los medios no afectos al régimen a los que se amenaza con el cierre y se impone una ley *mordaza*, la reforma de la justicia que ahoga toda posible separación de poderes, el maquillaje de las cifras económicas sobre la situación real de la economía y el despido de los funcionarios que elaboraban las estadísticas no deseadas, la secuencia de medidas económicas contradictorias: todo recuerda al totalitarismo del régimen que desde sus lejanos orígenes en 1944, con la presidencia del coronel Juan Domingo Perón, fundador del Partido Justicialista, hasta 1955 cuando un golpe de estado lo llevó al exilio, polarizó la sociedad argentina en peronistas y antiperonistas.

Continuidad del proyecto peronista

Desde hace décadas, la sociedad argentina reincide en la elección de distintos representantes del mismo partido. Comprender esta realidad exige reflexionar en diversas circunstancias. La mitificación del pasado peronista inaugural es una de ellas, cuando tras la Segunda Guerra Mundial Argentina era uno de los países más prósperos del globo y Evita se constituía en la esperanza de los descamisados con su política social: regalaba colchones, casas, fundaba hospitales, casas de socorro, escuelas, centros bautizados indefectiblemente con su nombre, el mismo que aparecía en los libros de lectura obligatorios en frases como «Evita me ama. Evita es buena. Evita es un hada. Yo amo a Evita...». Todavía en muchos hogares Evita cuenta con su altar, que evoca ese pasado de dones y refuerza el mito de una vida segada por la muerte prematuramente. La alianza del justicialismo inicial y del peronismo posterior con las fuerzas sindicales ha puesto siempre freno a políticas de cualquier otro signo; y la desilusión con los breves períodos de

democracia (Frondizi, 1958-1962; Arturo Umberto Illia, 1963-1966) que se cerraron con la sempiterna inflación y con golpes militares sucesivos han hecho el resto. En 1973 se brindó la posibilidad de presentarse a las elecciones al ya viejo líder, Perón, junto a Héctor Cámpora, con el apoyo inicial de los Montoneros, entre otros grupos *revolucionarios*. Su llegada se saldó con la masacre de Ezeiza, con un número de víctimas nunca aclarado. La muerte del caudillo un año más tarde llevó a la presidencia a su segunda mujer, Isabelita Martínez, asistida por López Rega «El Brujo», creador de la Triple A, órgano de un terrorismo de estado responsable de desapariciones y asesinatos, continuado por las juntas militares sucesivas de personajes tan nefastos como Rafael Videla, o Leopoldo Galtieri, que declaró la desastrosa Guerra de las Malvinas (1982).

Tras estos terribles años, Argentina recuperó la democracia con la presidencia del representante del viejo partido de la Unión Cívica Radical, Raúl Alfonsín (1983-1989), quien consolidó las instituciones; pero una oposición obstruccionista y una inflación desmesurada por la crisis heredada le obligaron a renunciar seis meses antes de la culminación de su mandato. La esperanza del cambio se disipó con la vuelta al poder del peronista Carlos Saúl Menem (1989-1999). Su largo período presidencial intensificó las contradicciones, como la puesta en marcha de políticas neoliberales privatizadoras —entre ellas, la privatización de YPF, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, apoyada en su momento por los Kirchner— e incluso una ley de punto final para los delitos de la cúpula militar; pero con el discurso populista del justicialismo y unos niveles de corrupción cada vez más intensos en los que se incluye al propio Menem por tráfico ilegal de armas, entre otras graves acusaciones. La vuelta de la UCR con Fernando de la Rúa (1999-2001) como presidente electo democráticamente, una vez más con la ruina agazapada tras la falsa paridad peso/dólar establecida por Menem, se cerró muy pronto con el *corralito*, la quiebra social y el retorno de una serie de peronistas: Adolfo Rodríguez Saa (2001) y Eduardo Duhalde (2002-2003), prepararon el terreno para la elección de Néstor Kirchner, presidente desde 2003 hasta 2007, cuando llegó la «heredera» Cristina Fernández de Kirchner, esforzada en encarnar el mito de *Santa Evita*, en palabras de Tomás Eloy Martínez, en sus encendidas manifestaciones tanto como en gestos y hasta en su vestimenta.

Reforzar la sociedad civil

En el apoyo al peronismo son determinantes subvenciones y dádivas, en un rancio pero efectivo populismo demagógico; y la creación del enemigo interior: empresas privadas nacionales y extranjeras, bancos, jueces y fiscales, periodistas, comerciantes, en definitiva, todo aquel que no comulgue con la causa peronista. Se ha llevado a efecto sistemáticamente el *cordón sanitario* (Federico Luppi *dixit*) contra la oposición, la minada desde las instancias del poder con medidas que ningún país democrático admitiría. Por ejemplo, cuando la presidenta desea dirigirse a la nación, su intervención debe ser transmitida obligatoriamente por todas las cadenas, públicas y privadas; y sin pudor, ante una claque devota, sugiere *escraches* para «los supermercados que venden caro». Cuando las cuentas electorales no le auguraban resultados propicios, dictaminó que debían votar los jóvenes de dieciséis años; se proporcionó un gran número de documentos de identidad a inmigrantes de países limítrofes sin políticas sociales de integración efectiva ni más interés que su número —evocando la estrategia de acarreo de votantes del justicialismo inaugural—; y se exacerbó el populismo con medidas espectaculares como las expropiaciones de empresas extranjeras en pro de «la defensa de la patria».

Populismo y exaltación nacionalista

En un agudo análisis del camino hacia el ocaso de Argentina, Ricardo Esteve, fundador del Foro Iberoamérica, señala varias causas por las cuales el régimen kirchnerista vivió el éxito que le permitió perpetuarse durante una década en el poder, aunque ahora se encuentre «acorralado en sus propias garras» y esté llevando al país al *default*. Señala «tres vigas maestras» en las que se ha sustentado: «exacerbar por todos los medios y con todos los resortes del poder el consumo popular» promoviendo subidas de salario sin aumentar la productividad, «repartiendo millones de planes sociales que socavaron la cultura del trabajo y crearon dependencia clientelar»; «presentarse ante la sociedad como el principal enemigo del *establishment* (con la cuidada excepción de sus socios y sus empleados) de las clases altas y del capital extranjero»; y «en una alianza con las organizaciones de derechos humanos —para tener cobertura moral— y un arreglo con sectores de la intelectualidad, la cultura, el periodismo, el deporte y el espectáculo, a fin de tener presencia mediática y comunicacional». Todo ello engarzado en un relato emancipador: con «los eslóganes de la distribución y de lo

editorial

nacional y popular, se hipotecó el futuro del país, ya que esa combinación conlleva inevitablemente el desaliento a la inversión. Y con un estilo autoritario y absolutista de ejercer el poder».

Rotos todos los puentes con el sistema financiero internacional, con los inversores extranjeros y con un déficit fiscal inasumible, la falta de liquidez actual está abocando a la nación a una situación incluso más peligrosa que la de 2001. De poco servirán las propuestas de integración regional que con la creación de Mercosur en 1991 y con la firma del Tratado de Ouro Preto (1994) pretendía una reactivación de la economía de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay mediante la creación de un mercado único, libre de aranceles, cuando ya en 1995 el comercio intrazona dio lugar a más de 50 enfrentamientos —verdaderas guerras comerciales entre socios— por aranceles, medidas paraarancelarias, peleas fitosanitarias y competencia por las pocas inversiones internacionales que decidieron quedarse.

¿Quo vadis, Argentina?

Ante este panorama no son pocos los que se preguntan «¿Cómo se entiende eso? Un país con gentes cultas, absolutamente privilegiado, una minoría de habitantes en un enorme territorio que concentra todos los recursos naturales». Es la pregunta que se hace el Nobel Mario Vargas Llosa, al que el peronismo considera enemigo público por manifestar su dolor ante la realidad de un país al que respeta y quiere: «Argentina, un país que era democrático cuando tres cuartas partes de Europa no lo eran, un país que era uno de los más prósperos de la Tierra cuando América Latina era un continente de hambrientos, de atrasados. El primer país del mundo que acabó con el analfabetismo no fue Estados Unidos, no fue Francia, fue la Argentina con un sistema educativo que era un ejemplo para todo el mundo. Ese país que era un país de vanguardia ¿Cómo puede ser que sea el país empobrecido, caótico, subdesarrollado que es hoy? ¿Qué pasó? ¿Alguien lo invadió? ¿Estuvieron enfrascados en alguna guerra terrible? No, los argentinos se hicieron eso ellos mismos. Los argentinos eligieron a lo largo de medio siglo las peores opciones».

Suele decirse que los pueblos tienen los líderes que se merecen. No es una afirmación justa en el caso argentino, porque son demasiados los años de dictadura que han sufrido y sufren muchos ciudadanos. La

Reforzar la sociedad civil

decencia de quienes se mantienen al margen de la corrupción y que determina su desafección política y su falta de respuesta ante tantos desmanes gubernamentales; y el avance imparable del peronismo en una sociedad distinta a la de esa primera época evocada por Vargas Llosa, hace que, lamentablemente, no se vislumbre un cambio positivo en el destino inverosímil del país del Sur. Podría entreabrirse una puerta a la esperanza si la sociedad argentina, en la que no faltan empresarios que saben que el mercado internacional demanda respuestas nuevas alejadas del populismo y de la proclama antimperialista; jueces que aún resisten a la presión que busca dinamitar la separación de poderes; y profesionales formados en universidades que a pesar de tantos avatares han mantenido un considerable nivel educativo y que desde hace décadas se han visto obligados al exilio o a la supervivencia en un contexto de permanente crisis, asumiera con confianza en sus propias fuerzas una actitud más decidida, más activa frente a la corrupción y a las medidas políticas que cercenan la libertad y el desarrollo de un país que cuenta con recursos materiales y humanos suficientes para su recuperación y para dejar de ser inverosímil. ■

